

Las redacciones de tres periódicos argentinos en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo, Pedro Orgambide y Osvaldo Soriano.

“La Nación” [“*El encanto de Buenos Aires*”, de Enrique Gómez Carrillo: Madrid, 1914, Perlado Páez y Cía. / Madrid, 1921. Editorial Mundo Latino]; *“Crítica”* [“*El escriba*”, de Pedro Orgambide: Santafé de Bogotá, 1996. Editorial Norma] y *“La opinión”* [“*Artistas, locos y criminales*”, de Osvaldo Soriano: Santafé de Bogotá, 1997. Editorial Norma]

No-ponencia de Jorge Carro L.

Universidad Rafael Landívar – Director de la Red de Bibliotecas Landívarianas
Presidente de la Asociación Enrique Gómez Carrillo

“La crónica más que un género es un debate”, dijo Jorge Carrión en el prólogo de Mejor que ficción, crónicas ejemplares. “Es un debate, porque no se puede definir. Lo único innegociable es que no debe haber un gramo de ficción, por lo demás hay ensayo, autobiografía, periodismo, testimonio, y también podemos encontrar poesía. No obstante, paradójicamente, cuando lees una crónica, sabes que es crónica, de algún modo sabes que es algo muy subjetivo.”

En *Una luna*, Martín Caparrós, toma en cuenta que la crónica de hoy ya no tiene que hacer grandes digresiones sobre la historia, porque eso ya está en Wikipedia; ese veneno anticultural en línea.

Luego de esta breve introducción, considero oportuno destacar que el presente trabajo no es una ponencia que tradicionalmente se presenta en un congreso; la presente no-ponencia intenta en una suerte de estudio histórico bibliográfico, no demostrar que fueron los periodistas los que manejaron y manejan mejor la crónica.

La crónica revela – parafraseando a Marcel Schwob – la incertidumbre de los sucesos; revela en ocasiones minuciosamente las acciones y los escenarios donde se nutre.

Nos dice por ejemplo que Napoleón estaba enfermo en Waterloo; que Alejandro estaba ebrio cuando asesinó a Klitos; nos demuestra que Pascal especuló sobre la nariz de Cleopatra. Todos estos hechos que de alguna manera fueron recogidos por los cronistas de la época, tienen valor porque modificaron los acontecimientos o porque hubieran podido cambiar su desarrollo. Son – como todas

crónicas – causas reales o posibles.

Las tres crónicas de las que hablaremos más adelante, describen a los personajes en un escenario secular, refugio de egolatrías: la redacción de periódicos que definitivamente ellos hicieron trascendentes. Pero aclaremos, los cronistas estudiados muestran a sus personajes posiblemente tal como fueron. Sus ideas son patrimonio común de la literatura más que del periodismo. Por decirlo de alguna manera, las buenas crónicas son historias que no pueden permanecer silenciosas sobre una aburrida noticia periodística.

Los primeros cronistas fueron ante todo, avaros, ya que al considerar tan sólo la vida pública, nos transmitieron noticias sobre grandes hombres.

Fue Aristófanes quien nos dio la noticia de saber que él era calvo, y que la costumbre de Sócrates de caminar descalzo ha sido parte de su sistema filosófico de desprecio por el cuerpo.

Por tanto si deseamos consultar sobre los hombres del pasado, debemos recurrir a los primeros cronistas, quienes rescataron que a Erasmo no le gustaba el pescado, pese haber nacido en una ciudad portuaria.

El arte del cronista consiste precisamente en la preselección de los temas de sus crónicas. El cronista como una divinidad inferior debe saber escoger entre los personajes aquel que es único.

Los cronistas como Gómez Carrillo, Orgambide y Soriano han sabido separar a los personajes - semejantes a los bananos y perdón por el símil – antes que estén podridos.

Aclaremos que nuestro interés se centra en el universo que existió entre las cuatro paredes de la redacción de tres periódicos que fueron casi el segundo hogar de algunos de los mejores escritores americanos.

El siguiente paso no fue establecer hipótesis alguna, sino investigar a partir de tres crónicas que rescataron tres redacciones acaso fundamentales del periodismo del Río de la Plata, escondidas dos de ellas como prólogos y otra como la novela que un novelista que la quiso escribir pero que no pudo.

En las crónicas que presentamos, lo histórico operó como un elemento de la posmodernidad, ya que lo posmoderno no es un estilo, sino una zona en la que se reúne de forma tumultuosa el arte con todo y con nada.

El periodismo y las crónicas posmodernas se caracterizan por la intertextualidad, la superposición de códigos pertenecientes diferentes sistemas semióticos.

Las historias contenidas en las tres crónicas objeto de este trabajo, no constituyen un discurso plagado de citas, alusiones, referencias, sucesos acoso reales, con personajes conocidos o no.

.....

En 1914 Gómez Carrillo viajó a la Argentina y tuvo oportunidad de escribir varias de sus crónicas en la redacción del periódico porteño **La Nación**; vivencias que forman parte de la más extensa crónica americana: **El encanto de Buenos Aires**.

Cumplo aclarando que para este estudio, utilizamos la primera edición de esta obra, publicada en Madrid en 1914 por Perlado, Páez y Cía., ya que en la edición de 1921, que forma parte del tomo XIX de sus Obras Completas publicadas por la Editorial Mundo Latino, nuestro autor por razones meramente editoriales, muy comunes en él por otra parte, las modificó.

Orgambide describe en **El escriba**, la redacción de *Crítica* de los años '30, que según parece ser fue la idea que tenía Roberto Arlt (periodista, cronista y novelista) y que no llegó a escribir. Cabe recordar que Orgambide fue un prolífero autor, periodista, cronista y en algún momento de su vida, bailarín de tangos.

Por su parte, en 1971, Soriano formó parte de la redacción de *La Opinión* y de ello dejó constancia en **Artistas, locos y criminales**.

.....

El propósito de esta *no-ponencia* es realizar una *visita* a tres redacciones trascendentales para el periodismo rioplatense, donde sus mayor riqueza era (es) la calidad intelectual de los que en ellas laboraron y el buen humor que existente entre ellos.

Visita cuya conclusión será que los grandes cronistas –como Gómez Carrillo, Orgambide y Soriano- que se formaron en el periodismo, devinieron en lo mejor de la literatura iberoamericana del siglo XX.

.....

En la dedicatoria-prólogo **El encanto de Buenos Aires**, Gómez Carrillo, escribió:

“A Enrique García Velloso”

“¿Se acuerda usted, mi muy querido amigo, de la noche en que nació la primera de estas páginas?... Estábamos en nuestra casa de “La Nación, en el severo y hospitalario despacho del director. Sentado en una butaca, sonreía, cual un esfinge, Su Excelencia nuestro gran Murature. Enfrente de él, recostado en un sofá, soñaba, comiéndose un lápiz, el delicioso Mariano de Vedia. Muy serio, muy serio, Jorge Mitre parecía absorbido en la lectura de un manuscrito. Usted y yo, en un rincón hablábamos con entusiasmos paganos, de las mujeres adorable que acabábamos de ver en los palcos de un teatro.”

“De pronto, levantando la vista y sonriendo con su sonrisa que le iluminaba todo el rostro, nuestro director exclamó, volviéndose hacia mí:”

“ -¿Por qué no hace usted una crónica con eso que está diciendo?”

Dos horas después iba a la imprenta uno de los capítulos de este libro.

“Y como el que hace un cesto...”

“Dios y usted, no obstante, saben que yo no había ido a Buenos Aires para escribir. Al contrario... Si había ido para algo era para descansar, para pasearme, para vivir tranquilamente, durante un mes, como un rentista, ¡Hay ya tantos libros sobre la Argentina!... ¡Y son tan serios, tan documentados, los tales libros!...”

“- ¡Qué voy a decir yo que no esté ya dicho! – creo que le contesté a usted cuando, gentil y amistosamente, me habló de hacer toda una serie de artículos.”

“Pero luego, reflexionando, pensé que si había algo que decir, o, por lo menos, aun había que decir ciertas cosas de un modo que los Huret, los Clemenceau, los Baudin y demás publicistas graves no han empleado en sus libros. Y pensé también que ese “algo, un algo en apariencia frívolo, en el fondo trascendental, tal vez yo podía escribirlo mejor que mis predecesores, no por tener más talento que ellos, no, sino

porque mi alma sienta la gracia de ciertas ciudad con una intensidad que los grandes ministros y los grandes periodistas desdeñan.”

“Desde entonces comencé a escribir, casi día por día, mis sensaciones y mis visiones Los capítulos de este libro son treinta días vividos, usted lo sabe, con entusiasmo, con sorpresa y con sinceridad.”

“Recíbalos, querido García Velloso, como un recuerdo nostálgico de nuestros largos paseos por Buenos Aires, y no dé gran importancia a los errores psicológicos que contienen... ¡Es tan difícil no equivocarse hablando del alma de un pueblo!... De lo que se trata es de equivocarse de buena fe.”

“Su amigo y admirador, E.G.C.”

Por la redacción de **La Nación**, aparte de los ya nombrados por Gómez Carrillo: José Luis Murature, Mariano de Vedia y Jorge Mitre, por aquellos años pasaron, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, José Ingenieros, Miguel Cané, Horacio Quiroga, Ricardo Güiraldes, entre otros.

Polo opuesto al ambiente de la redacción de **La Nación** fue el de **Crítica**, el vespertino fundado por el oriental Natalio Botana y que durante dos décadas fue el periódico de mayor circulación posiblemente en todo el mundo hispano parlante. En ella confluían anarquistas y socialistas, jóvenes escritores que buscaban una “vidriera” para dar a conocerse.

Crítica no fue un periódico como **La Nación** y **La Prensa**, ni Botana fue Mitre ni mucho menos Gainza Paz, que como dijo el Malevo Muñoz en **El escriba**, “*ni siquiera era argentino sino un oriental, un uruguayo*”, pero que había creado y hecho lo que ellos jamás hicieron: *¡un diario que lo leían hasta los analfabetos!*”

Botana a diferencia de los Mitre o los Gainza, que coleccionaban libros o palacios, coleccionaba gente. “*En ningún diario hubo tantos escritores; uno (usted lo conoce bien) llegó a tener fama universal. Cuando llegó al diario era muy joven. Un poeta ultraísta enamorado del suburbio.*”

Botana le hechó el ojo: “*-Mire, Georgie; quiero pedirle que se haga cargo del suplemento literario. Ya sé que usted es muy joven aún, una promesa como dicen... Pero usted es literario... La gente es literaria o no... No importa si escribe libros... éste es otro asunto... Hay gente que ama la literatura, el arte, el cine... Para esa gente*

quiero hacer un suplemento. Pero antes que nada, le tiene que gustar a usted... ¿Qué le parece, Georgie?"

¿Hace falta decir que Georgie era Jorge Luis Borges?

Toca el turno a la redacción de *La Opinión*, en la crónica-cuento de Osvaldo Soriano que aparece en su Prólogo de *Artistas, locos y criminales...*

"La Opinión fue, en su mejor época, un diario de lujo para una élite de profesionales e intelectuales liberales o de izquierda. Jacobo Timerman, su creador, tenía una teoría que reiteró en el canallesco interrogatorio al que lo sometió el general Ramón Camps: "Se necesita a los mejores periodistas de izquierda para hacer un buen diario de derecha". La boutade tenía algo de cierta: el diario empezó criticando al gobierno de Alejandro Agustín Lanusse, pero cuando éste lanzó el ilusorio Gran Acuerdo Nacional lo apoyó a cambio de los avisos oficiales y con la secreta esperanza de cerrar el camino al peronismo."

"La historia de La Opinión queda por escribirse: no es la que Timerman cuenta en su libro, ni la que presenta su feroz carcelero. Tampoco ésta."

[...] "Fui contratado para La Opinión mientras trabajaba en Panorama, un semanario de la editorial Abril, - en la que al autor de esta ponencia había fungido como su Director Creativo publicitario - [...] "ser llamado a integrar el "equipo de Timerman" era motivo de orgullo profesional: por primera vez una redacción reunía a los periodistas más celebres de Buenos Aires...", afirmación no cierta, como hemos visto al conocer anteriormente las redacciones de *La Nación* y *Crítica*.

[...] "Así que me fui a trabajar a La Opinión una semana antes de la aparición del primer número en mayo de 1971, y me quedé hasta mediados de 1974, cuando la atmósfera se había vuelto irrespirable por la caza de brujas. Hubo momentos en los que tuve que trabajar sin pausa y otros (sobre todo en 1972, mientras escribía Triste, solitario y final) en los que no redacté una sola línea en seis meses, lo que posiblemente sea un récord en la historia del periodismo argentino."

"Se creó un estilo y se continuó una gran escuela de periodismo informativo y de opinión..."

[...] Esta ebullición le costó la vida, luego, a más de cien periodistas"

[...] "Timerman sostiene que las anécdotas son apócrifas y llegó a describirse a sí mismo como un "director tímido y ecuánime". / Poco importa: volvimos a

estrecharnos las manos, me dio algunos consejos y en un artículo sobre Una sombra ya pronto serás (el mejor que se escribió en la Argentina), recordó que yo le “rompía las pelotas” todo el tiempo. / Es posible que eso sea rigurosamente cierto. Timerman me enseñó buena parte de lo que sé – también el arte de lo apócrifo -, y eso marcó mi vida para siempre.”

Cien años después de que Gómez Carrillo escribiera sus crónicas porteñas en *La Nación*, reunidas y publicadas todas posteriormente para que los lectores pudieran recurrir a ellas en un libro sin el temor de perder las páginas del periódico en que fueron publicadas. Esto demuestra que fue el primer escritor iberoamericano en hacer de la crónica un género literario, ejerciendo a la vez el periodismo con la misma fuerza, intensidad y calidad de un Theodore Dreiser que introdujo en la literatura inglesa el universo del periodista a finales del siglo XIX y a principios del XX, es decir en los mismos años en que lo hizo Gómez Carrillo en la literatura y el periodismo en español.

En las crónicas de Gómez Carrillo, lo real y lo imaginario, la ficción y lo no ficticio, se abrazan en forma literaria. A pesar de que las condiciones para tal abrazo se darán en la segunda mitad del siglo XX con periodistas como Gabriel García Márquez o Tomás Eloy Martínez, después de haber encontrado fuente de inspiración precisamente periodística, en Mark Twain, Hart Crane, Ernest Hemingway, Horacio Quiroga o Roberto Arlt, aunque todos ellos, conocieran o no la obra de Anton Chejov, están en deuda con el narrador (cronista) ruso que en 1888 publicó en San Petersburgo, el relato *La estepa*, inspirado en un viaje al sur del país, donde los idílicos paisajes de su infancia habían desaparecido por la industrialización, contra la que el autor se rebeló. Chejov introdujo uno de los elementos más característicos del enfoque narrativo: la supeditación del argumento a la atmósfera del relato.

Evidentemente todo acto de escritura exige un proceso mental previo. Por consiguiente, el periodista no convencional configura e interpreta la realidad, seleccionando sus elementos y su lenguaje en la forma que considera más adecuada. El trabajo del periodista y del novelista frente a la experiencia no son dispares, después de todo. A pesar de la irreprochable documentación y de la labor investigadora que respaldan estas narraciones no inventadas, el periodista se alza como cronista en ocasiones cruel y en otras sarcástico o sangrón.

La realidad de sus crónicas superan a la ficción, y su riqueza y dramatismo pueden ser destilados con los mecanismos simbólico-representativos a los que la

novela nos ha acostumbrado. Es por ello que uno de los atractivos de la crónica periodística convertida en libros es que pueden convertirse en éxitos editoriales como los de Gómez Carrillo, es su naturaleza fronteriza, fluctuante entre dos universos diferenciados : la imaginación y la realidad.

El uso del idioma entre las crónicas de Gómez Carrillo, Orgambide y Soriano diferencia la cambiante realidad del idioma español y el de los argentinos. De los tres cronistas, sin duda el más respetuoso idiomáticamente fue Gómez Carrillo.

Gómez Carrillo se advierte preocupado por encontrar la frase exacta, corriendo el peligro de no llegar al cierre de la edición del matutino de los Mitre. De allí quizá las modificaciones o nuevas versiones de sus crónicas de ***El encanto de Buenos Aires***.

Por su parte, Orgambide, tuvo el tiempo que requería hasta encontrar el adjetivo apropiado sobre la redacción del vespertino de Botana.

Soriano, dueño de un humor y un sarcasmo mayor que los otros dos cronistas estudiados, le sacó beneficio a la esquizofrenia permanente en que se movían los periodistas en la redacción del periódico de Timerman.

Debemos asumir que hay periodistas que quieren ser escritores y nunca lo logran, de igual manera que hay escritores que para ganarse la vida trabajan en periódicos en los que de muchas maneras –tal los casos vistos- fueron o son, valederas fuentes de inspiración.

A casi cien años de las crónicas de Enrique Gómez Carrillo publicadas primero en ***La Nación***, de Buenos Aires, y posteriormente en Madrid en 1914 bajo el título umbrela ***El encanto de Buenos Aires*** y modificadas en la edición de sus ***Obras Completas (1921)***, asumimos que fue el primer escritor que rescató el alienante encanto de la redacción de un periódico rioplatense y muy posiblemente, de la América que habla, escribe y lee en español.